ISSN: (EN CURSO)

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

Fernando Gómez Redondo
Universidad de Alcalá; fernando.gomez@uah.es

La desaparición reciente de don Francisco López Estrada (1918-2010) del panorama de los estudios hispánicos apenas ha sido advertida más allá de los círculos de alumnos que, con tanto tesón y entrega, formara a lo largo de sus más de cincuenta años dedicados a la enseñanza, primero en la universidad de La Laguna, después en la de Sevilla –la etapa más feliz y fructífera de su carrera docente– para acabar, por último, llegando a la Complutense, en 1975, en donde se jubiló, antes de tiempo, en 1986, aunque manteniéndose como profesor emérito hasta 1994; en cada uno de estos ámbitos universitarios supo dejar honda huella y, a la vez, tuvo la especial sensibilidad por interesarse por los fenómenos literarios ligados a esos dominios académicos, abriendo siempre nuevas vías de investigación y proponiendo métodos de análisis para cada uno de los temas de que se ocupaba. Conocido fundamentalmente como medievalista, la extensa labor de don Francisco se extiende de hecho a lo largo y ancho de toda la literatura española; es posible que su *Introducción a la Literatura medieval española*, de 1952 con sucesivas ampliaciones hasta 1987, sea su obra más famosa, porque en ella se encuentra en ciernes el impulso de renovación que va a conocer el medievalismo español a partir de la década de 1970; la composición de esta heterogénea miscelánea explica las meticulosas ediciones instigadas como demostración de un conocimiento filológico, que enraizaba en la esencia misma del humanismo: primero la *Embajada a Tamorlán* de Ruy González de Clavijo, luego la adaptación extraordinaria del *Poema de mio Cid* –su texto más difundido–, también la *Poesía medieval castellana (Antología y comentario)*, tan rica y plural que hubo de enmarcarla en un volumen esencial en el que reunía las piezas

© Ediciones Universidad de Salamanca

maestras de las *Poéticas medievales castellanas*, además de los trabajos ecdóticos ligados al entorno de Antequera y que definen la noción misma de literatura fronteriza, como ocurre con el *Poema del asalto y conquista de Antequera* de Rodrigo de Carvajal y Robles o con su edición de las «Coplas de Juan Galindo» en su *Poética de la frontera andaluza* (Antequera, 1424); dos espléndidas monografías agavillan las indagaciones textuales dedicadas a la poesía medieval –su *Lírica medieval española* de 1977– y a la épica en particular –su *Panorama crítico sobre el Poema del Cid* de 1982– como punto de llegada de una reflexión continua sobre la producción letrada y sus sentidos finales. Esta es la dirección con que se encauzan los diferentes acercamientos a la historiografía literaria que acomete: de hecho, su *Introducción* es una amplia historia de la literatura medieval asentada en las nociones teóricas y formales que otorgan fundamento y explican el desarrollo de esa creación específica, pero también ahondó con provecho en el reinado de Alfonso X en los *Orígenes de la prosa* de 1993, preparado junto a María Jesús Lacarra, y se ocupó de la coordinación del volumen consagrado a *La cultura del románico, siglo XI al XIII*, que constituye el tomo 11 de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal y continuada por Jover Zamora y que apareció en 1995.

Con todo, los límites de los siglos medios se le quedaban estrechos: la atención por el romancero morisco y sus derivaciones narrativas cuajaron en la edición de *El abencerraje* de Antonio de Villegas de 1965, extendida después a la novela y el romancero en la revisión que publica en Cátedra; en cierto modo, se sentía atraído por cualquier grupo genérico de la prosa del siglo XVI, como medio de aproximación al *Quijote*, una obra que cercó con varios estudios particulares que deberían de haberse reunido en un volumen conjunto: así, los aplicados a dilucidar los nexos con el Apuleyo castellano, a trazar la presencia de los pastores en la creación cervantina o a definir los motivos que conforman la semblanza del caballero aventurero, abocado necesariamente a «la aventura frustrada». Amén de los libros de viajes y de la novela morisca, don Francisco dedicó numerosos estudios a los libros de pastores, desde el inicio mismo de su actividad investigadora: editó primero *La Galatea* en 1948, luego *Los siete libros de la Diana* en 1954, por último *La Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo ya en 1988; el acopio de datos y la revisión de fuentes que practica le permiten construir un amplio marco teórico para definir este complejo proceso letrado en *Los libros de pastores en la literatura española (La órbita previa)* de 1974, que debe complementarse con la herramienta de la *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española*, preparada junto a Javier Huerta y Víctor Infantes en 1984; asimismo, los estudios centrados en los libros de viajes se sistematizan en la monografía *Libros de viajeros hispánicos medievales* ya

© Ediciones Universidad de Salamanca

en 2003. Debe verse en este aspecto uno de los componentes básicos de su pensamiento investigador y que revela una profunda vocación docente: siempre la teoría era subsidiaria de la práctica textual, del análisis de las obras, de los comentarios de textos que convertía en instrumento primordial de sus clases. Se entiende, así, su aportación al volumen *La novela española en el siglo xvi*, en 2001, en colaboración con María Soledad Carrasco Urgoiti y Félix Carrasco.

La literatura del período del barroco se benefició también de su constante curiosidad por cualquier forma genérica y sus variados desarrollos textuales; de hecho, se le puede considerar uno de los mayores especialistas del Siglo de Oro, como lo demuestra el que fuera elegido con toda justicia para coordinar el segundo de los volúmenes de la Editorial Crítica de la colección «Historia y crítica de la literatura española e hispanoamericana» que aparece en 1980, con su *Primer suplemento* en 1990; en ambos casos, se ocupaba del capítulo cinco, consagrado a las «Variedades de la ficción novelesca». Fino degustador de la obra de Lope, dedicó varios acercamientos a su *Fuente Ovejuna*, editado en varias ocasiones y comparado con la versión de Cristóbal de Monroy; conviene señalar que una buena parte de las pesquisas promovidas por don Francisco puede engastarse en el dominio de la literatura comparada, cuyos métodos y orientaciones anticipa desde la década de los sesenta, mucho antes de que esta corriente –línea maestra del pensamiento crítico actual– fuera conocida en España; sucede, así, con los análisis destinados a la evolución de unas mismas figuras literarias: el Cid –visto en el *Cantar*, en el romancero, en el teatro áureo o en la revisión de Antonio Gala–, don Juan o el ya citado abencerraje. Al mismo Lope pertenece la comedia *El remedio de la desdicha* que edita en 1991 junto a su hija María Teresa López García-Berdoy, continuadora de buena parte de sus trabajos, sobre todo en labores de edición preparadas para la docencia. Sintió especial admiración por Pedro de Espinosa y, en 1975, editó sus *Poesías completas*, seguidas después por las *Obras en prosa*, ya en 1991.

Fue don Francisco un experto conocedor de la métrica española; si se unieran los capítulos que consagra a este asunto en su *Introducción a la Literatura medieval española* con los diferentes trabajos que convergen en su *Métrica española del siglo xx* de 1969, se obtendría un panorama difícil de igualar, no solo por los autores examinados sino por la finura de los análisis realizados; de hecho, esta orientación era una de las líneas maestras de su docencia; con acierto, se preocupó junto a K. Wagner, de que se tradujera y adaptara al español el importante *Manual de versificación española* de R. Baehr en 1970; su *Métrica española del siglo xx* sigue siendo un manual imprescindible para comprender los diferentes experimentos y hallazgos

© Ediciones Universidad de Salamanca

que surgen de las vanguardias de los años veinte y que se proyectan en el fenómeno del versolibrismo; acuñó don Francisco la noción de «línea poética» para explicar esa feliz conjunción de ritmo sonoro y de artificio visual. Estos trabajos derivaban de un conocimiento metódico de los principales poetas que habían renovado en los últimos decenios el panorama de la poesía española; consciente de su trascendencia, se acercó con verdadera devoción a Bécquer; reconstruyó el pensamiento poético propuesto en el círculo inicial de sus rimas y examinó las diferentes aportaciones a esta vertiente teórica en *Poética para un poeta: las «Cartas literarias a una mujer» de Bécquer* (1984) y las *Rimas y declaraciones poéticas* (1986), título compartido con María Teresa López García-Berdoy; de Rubén Darío apuntó los orígenes de sus novedosas formulaciones poemáticas, conectadas con ideas que cabía enraizar en esa misma literatura medieval que se redescubre en los últimos decenios del siglo XIX; así lo planteaba en *Rubén Darío y la Edad Media*, de 1971, que llevaba el acertado subtítulo de «una perspectiva poco conocida sobre la vida y la obra del escritor»; similar labor aplica a los hermanos Machado, en *Los «Primitivos» de Manuel y Antonio Machado*, ya de 1977, perfilando los ecos del prerrafaelismo y la huella continua en su obra de temas y figuras medievales; este camino trenzado con las figuras de Bécquer, Rubén Darío, los Machado lo condujo, de modo necesario, a Juan Ramón Jiménez; de hecho, don Francisco fue uno de los primeros críticos, ya en el filo de 1950, en esforzarse por recuperar al poeta de Moguer e intervino en gestiones diplomáticas, muy arriesgadas, para traer a España en ese momento a Juan Ramón y a Zenobia; son varias las colectáneas dedicadas a su obra: la *Antología general* de 1982, la de *Poesía y prosa* de 1983 o su edición de *Platero y yo*, con la colaboración de M.ª T. López García-Berdoy. Gran lector de poesía contemporánea, se interesó por editar a uno de los poetas menores del 27, el sevillano Joaquín Romero Murube en su *Verso y prosa* de 1971; elaboró dos análisis novedosos del hispalense Luis Cernuda, uno en 1965 sobre sus epístolas de 1926-1929, otro en 1971 sobre su período sevillano, e indagó en el mundo encerrado en el *Cántico* guilleniano en 1971; esta vertiente –muy poco conocida hoy en día– es la que sostiene la brillante articulación teórica de su *Métrica española del siglo XX*.

Diligente muñidor de la vida académica, sus métodos –la filología y el comparatismo sabiamente ensamblados– y sus pesquisas –la épica medieval, la narrativa áurea, la poesía contemporánea– siguen vivas en sus obras y en los discípulos que siguen transmitiendo a sus alumnos las ideas y las orientaciones que de él recibieron. Ese es el mejor legado que dejó don Francisco López Estrada: con la guía segura de la obra, fundir el placer de la lectura en la vocación de la enseñanza.

© Ediciones Universidad de Salamanca